

DE LA SOCIEDAD MODERNA A LA COMUNIDAD TRANSMODERNA

Hacia una descolonización del marxismo contemporáneo

Juan José Bautista S.

Uno de los temas que se está debatiendo en la discusión contemporánea es aquel que gira en torno de qué es aquello que le podría seguir a la sociedad capitalista en términos de post-capitalismo. Pero también está surgiendo cada vez con más intensidad la discusión relativa al ocaso de la modernidad como cultura y civilización, lo cual está planteando la necesidad y posibilidad de pensar en algo más allá de la modernidad, pero ahora en términos de Trans-modernidad, porque ya se ha visto que la crítica posmoderna a la modernidad la sigue afirmando como su propio horizonte.

En nuestra opinión, este panorama está empezando a plantear problemas que antes no se los había tematizado en profundidad, en parte porque no habían aparecido y porque aparecían como inconcebibles, como el de la viabilidad o no de la relación humana que produjo por excelencia la modernidad como es la “sociedad moderna”.

El socialismo como un más allá del capitalismo que aparecía en el siglo XIX y XX empezó a entrar en crisis a fines de la década de los 80's con el derrumbe de los socialismos reales. Aunque se sigue pensando que una forma distinta del socialismo –como la idea del socialismo del siglo XXI o la idea del socialismo comunitario-, podría seguir siendo una alternativa al capitalismo, cada vez empieza a surgir más la conciencia de que tanto el capitalismo como el socialismo presuponen en última instancia a la modernidad como su fundamento, la cual estaría justamente en crisis. Dicho de otro modo, aún en el socialismo seguiríamos teniendo problemas similares a los que produjo o engendró la modernidad. Ahora uno de los problemas centrales giraría en torno ya no de la superación del capitalismo solamente, sino de su horizonte histórico y cultural que conocemos como la modernidad.

Otro de los problemas que apareció desde finales del siglo XX y especialmente en este nuevo siglo es el relativo a la colonialidad intrínseca del proyecto de la modernidad. La modernidad produjo no solo un tipo de racionalidad para autocomprenderse y producir una comprensión de la realidad en general, sino que también produjo una forma muy sofisticada

de dominación tanto de la realidad como del ser humano. Podemos decir que la racionalidad moderna es constitutivamente colonial y de dominio. La crítica al carácter dominador de la racionalidad moderna comenzó con la primera Escuela de Frankfurt, pero la crítica al carácter colonial o colonizador de la modernidad recién apareció a fines del siglo XX, precisamente en América Latina.

Uno de los componentes centrales de la colonialidad de la modernidad es su carácter intrínsecamente eurocéntrico. No solo porque el proyecto de la modernidad como forma de dominación haya nacido en Europa, sino porque su desarrollo implicó desde el principio la afirmación de lo europeo de Europa (y ahora EUA) a costa del encubrimiento, de la negación sistemática y de la destrucción de toda otra forma de vida, de cultura y civilización distinta de la europea y moderna. En última instancia, creer en el proyecto de la modernidad implicaba, e implica aún, creer que Europa es de modo innato superior a cualquier otra cultura o forma de vida. Esto en contraposición devino en la negación cuasi nihilista (como posibilidad de desarrollo) de todo lo que no era europeo o moderno. Quien partía o parte como presupuesto de los fundamentos de la modernidad inevitablemente terminará negando lo que no es moderno, europeo u occidental.

Este fue y sigue siendo en parte el drama del marxismo del siglo XX. Este marxismo, como crítica del carácter depredador y explotador del capitalismo, cuando limitó su crítica al capitalismo, dejando intacta a la modernidad como su fundamento histórico y cultural, terminó recayendo no sólo en el carácter colonizador de la modernidad, sino también negando históricamente la posibilidad de que desde nuestras culturas se pudiese comprender a la modernidad misma, a la realidad y el mundo en general de otro modo. Pero lo peor de todo fue que, negando nuestras propias historias y culturas, terminó imponiendo en nuestra realidad la visión que de la realidad y de nosotros mismos produjo la modernidad. La modernidad como lo mejor, lo más racional, humano, culto y desarrollado, y nosotros exactamente como lo contrario. La obra de Marx como crítica del capitalismo, de la mano del marxismo, devino acrítica de su fundamento cultural e histórico que conocemos como modernidad.

Dicho de otro modo, la crítica que Marx le hizo al capitalismo de su tiempo, llevado en este siglo XX hasta la crítica de su fundamento, habría devenido lógicamente en la crítica de la modernidad. Esto quiere decir que el capitalismo no produce solamente mercancías o

capital, sino que también produce su propio horizonte cultural e histórico, pero, para ello, tiene que producir también el sujeto en términos de sociedad que consume o realiza ese tipo de producción, y a su vez producir su propia cultura como horizonte al interior del cual ahora tienen pleno sentido tanto el capitalismo como la sociedad moderna.

El marxismo, aparte de haber criticado al capitalismo, tendría que haber sometido a crítica a su sujeto, la sociedad burguesa en primera instancia y luego a la sociedad moderna como desarrollo de la primera. Para luego poder afirmar a la subjetividad negada siempre por la sociedad moderna, que es toda forma comunitaria de vida negada desde el principio por el capitalismo y la modernidad. Dicho de otro modo, pensar en el más allá del capitalismo y la modernidad implica también pensar en el más allá de la sociedad moderna.

En lo que sigue reflexionaremos en torno del modo cómo el capitalismo produce sistemáticamente relaciones sociales, las cuales según Marx, son siempre de dominio y explotación. Dice Marx:

En la producción [en general] la persona se objetiva, en el consumo la cosa se subjetiva... La producción es el término universal... y el consumo es el término singular con el cual todo se completa [por eso] el acto final del consumo es concebido no solamente como término, sino también como objetivo final...

La producción es también inmediatamente consumo. Doble consumo, subjetivo y objetivo: el individuo que al producir desarrolla sus capacidades, las gasta también, las consume en el acto de la producción, exactamente como la reproducción natural es un consumo de fuerzas vitales... Por lo tanto, el acto mismo de producción es también en todos sus momentos un acto de consumo. (*Grundrisse*, págs. 9-10)

El contenido de toda mercancía capitalista, dice Marx, es la relación social, el contenido de la relación social son relaciones de dominio y explotación, tanto del trabajo humano como de la naturaleza. Cuando consumimos mercancías capitalistas lo que estamos consumiendo, en última instancia, son estos contenidos. Por la vía del consumo subjetivamos en nuestra corporalidad estas relaciones de dominio y explotación. Por esta dialéctica de la producción-consumo capitalista reproducimos no sólo al capitalismo sino también a la sociedad y a la modernidad.

Según nuestra investigación, el capitalismo no produce solamente mercancías o capital, sino también la sociedad. El capitalismo como modo de producción produce también su propio consumo, es decir, produce y tiene que reproducir incesantemente el consumo de su producción, el cual va a garantizar la reproducción del capitalismo en cuanto tal. La sociedad moderna no es solamente un conjunto de individuos articulados entre sí sino que es el sujeto del consumo capitalista por excelencia. Intentar pensar en aquello que estaría o sería el más allá de la modernidad implica pensar también el más allá de la sociedad moderna, ya no solo el capitalismo o el socialismo.

El más allá de la sociedad moderna estaría contenido en las condiciones existenciales que produjeron milenariamente las formas comunitarias de vida. No hablamos de volver a las comunidades anteriores a la invasión europea y moderna desde 1492 sino de ver cómo es que desde el presente podemos recuperar el contenido de esas formas comunitarias de vida que hasta el día de hoy, cinco siglos después de la imposición de formas sociales de vida, no han desaparecido del todo y que cada vez más aparecen como una alternativa real. Este tema nos apareció a mediados de los 90's del siglo pasado cuando nos atrevimos a pensar a Marx desde la experiencia cultural e histórica de los pueblos originarios, los cuales son constitutivamente comunitarios.

Lo primero que aprendimos fue que para ir más allá del capitalismo ya no basta con hacerle la crítica sino que también hay que criticar a la modernidad, porque ésta es el proyecto cultural y civilizatorio propio de la burguesía moderna y eurocéntrica, por eso el capitalismo pudo desarrollarse al interior de la modernidad. Es un proceso conjunto, paralelo e inescindible. Si para transitar hacia el socialismo nos limitamos a criticar al capitalismo y no hacemos la crítica de su fundamento cultural e histórico, la modernidad, lo más probable es que recaigamos en lo que queremos criticar.

Desde el principio nos dimos cuenta que intentar pensar a nuestros pueblos con categorías provenientes del pensamiento europeo u occidental era una empresa condenada al fracaso, por eso resolvimos producir conceptos y categorías propias, pensadas desde "América Latina", después de constatar que en el contenido de los conceptos y categorías de la ciencia social y la filosofía modernas lo que está contenido es sólo la visión de la realidad que tienen los países de primer mundo. En cambio, nuestros problemas y concepciones están literalmente fuera de su marco categorial y no nos ayuda a conocernos.

Con Marx descubrimos que el capitalismo no produce solamente mercancías y capital, sino que para reproducirse necesita producir paralelamente un tipo de consumo, un tipo de subjetividad y de humanidad, que en el mundo moderno se llama “sociedad”. La sociedad moderna es ese conglomerado humano que articula al individuo moderno y egoísta, que se preocupa sólo por sus intereses. El capitalismo, para poder desarrollarse, necesita desarrollar también a la sociedad moderna, es decir, producir individuos egoístas que luchen en contra de otros individuos para realizar sólo su propio egoísmo.

Marx dice en *El Capital* que el capitalismo, para poder desarrollarse, necesita destruir sistemáticamente toda forma comunitaria de vida, toda forma de solidaridad. El desarrollo de la sociedad moderna es paralelo a la destrucción de toda forma comunitaria o solidaria de relación humana. La idea de sociedad es totalmente opuesta a la idea de comunidad.

Sin embargo, siendo tan evidente la crítica que Marx estaba haciendo de la “sociedad moderna”, el marxismo del siglo XX no lo tematizó en profundidad. Siguió pensando y creyendo en la filosofía de la historia que la modernidad burguesa produjo para justificarse a sí misma como lo más humano, racional, y verdadero. Tal es así que, desde la perspectiva de esta visión de la historia, nuestros pueblos comunitarios aparecían siempre como pre-modernos, o si no, como pre-capitalistas. Acá el prefijo de “pre” es negativo, no quiere decir anterior, quiere decir inferior. El marxismo del siglo XX casi sin excepción pensó y piensa aún que las “relaciones comunitarias” son pre-modernas, o sea, inferiores a las “relaciones sociales”.

Pronto descubrimos con el último Marx que la “comunidad rural” podía ser un buen punto de partida para una revolución. Que cuanto más capitalista es una sociedad menos está en condiciones de hacer la transición al socialismo, aunque ésta esté sumamente industrializada. Porque para hacer la transición al socialismo se requiere que un pueblo tenga un alto grado de solidaridad para con los pobres, los hambrientos, los necesitados y los que padecen todo tipo de injusticias.

Si el capitalismo clásico y liberal produjo individuos egoístas, que todavía se hacían cargo responsablemente de sus familias e hijos, el capitalismo neoliberal está produciendo sistemáticamente “individuos autistas” que ya no se hacen responsables de nada ni de nadie,

sólo de sí mismos, y si luchan es para mantener sólo la satisfacción egocéntrica y ególatra de sus intereses, aunque en ese intento perezcan la humanidad y la naturaleza juntas.

En *El Capital* Marx muestra que el contenido de la mercancía capitalista es la “relación social”. Relación social en Marx quiere decir relaciones de dominio y explotación. Dominio de la naturaleza y explotación del trabajo humano, explotación de la naturaleza y dominio del trabajo humano. El cual es el contenido de la mercancía capitalista, por ello es que la mercancía capitalista llega, en palabras de Marx, chorreando sangre humana al mercado.

El problema es saber por qué el capitalismo, aparte de habersele hecho tanta crítica y estar luchando contra él, sigue de pie. Dice Marx: “Nosotros hemos visto, no solo cómo produce el capital, sino cómo es producido él mismo... No solo las condiciones objetivas del proceso de producción se presentan como resultado de éste, sino igualmente el carácter *específicamente social* de las mismas... *las relaciones de producción* son producidas, son el resultado, incesantemente renovado, del proceso”, *El Capital*. Libro I. *Capítulo VI Inédito*. Ed. Siglo XXI. Pág. 107.

El capitalismo no solo produce las condiciones objetivas de la producción sino también las condiciones subjetivas de la re-producción. Paralelamente a producir mercancías, el capitalismo produce y reproduce incesantemente a la sociedad moderna, la cual es o representa a las condiciones subjetivas. Y esto se da gracias a la “dialéctica de la producción consumo”.

Cuando nosotros consumimos mercancías capitalistas realizamos al capital de dos modos. Realizamos al capital como ganancia, cuando las compramos, porque posibilitamos su reproducción. Y, lo peor de todo, subjetivamos mediante el consumo la mercancía capitalista. Y esto se da especialmente con el alimento capitalista. Porque cuando lo consumo subsumo en mi corporalidad la intencionalidad y el contenido de ese alimento capitalista, el cual llega a formar parte de mi propia corporalidad, de mis pensamientos y sentimientos. Ese es también el contenido subsumido, no sólo el contenido nutricional.

Cuando consumo mercancía capitalista, cuando la constituyo en parte de mi subjetividad o personalidad, hacemos que las relaciones sociales contenidas en la mercancía capitalista formen parte de mi propia subjetividad, de nuestra personalidad, de nuestro yo, de nuestro ego. Seres humanos éticos, solidarios o comunitarios, gracias al consumo de este tipo

de mercancías, nos vamos convirtiendo poco a poco en individuos egoístas y egocéntricos que sólo buscan su propio bienestar, es decir, de haber sido “pueblo” o “comunidad”, nos convertimos poco a poco en “sociedad moderna”. Y, cuanto más modernos nos volvemos, menos estamos dispuestos a dar la vida por el prójimo, por la revolución, la humanidad o la naturaleza.

Parte del fetichismo de la mercancía consiste en no ver, en la mercancía, estas relaciones de dominio y explotación. No solo que no lo vemos sino que ya no podemos verlos y a veces no queremos, pero están contenidas en la mercancía, por eso llegan baratas al mercado. Porque si al productor se le hubiese pagado el salario justo, la mercancía costaría mucho.

Si esto es así, ¿cómo podemos producir un tipo de consumo que exija otro tipo de producción distinto del capitalista? Necesitamos tener conciencia clara de lo que significa la Comunidad para ir más allá del capitalismo. Pero, ya no estamos hablando de la comunidad feudal o primitivo-europea, o asiática, sino de la idea de Comunidad que nuestros pueblos han producido, que no son ni feudales, ni asiáticos. Necesitamos tener conciencia de que las formas de vida anteriores a la modernidad no son en sí mismas inferiores, atrasadas o subdesarrolladas, como las hace ver la modernidad. Son mucho más racionales de lo que nos imaginamos.

Para hacer la transición al “socialismo del siglo XXI”, al “socialismo comunitario”, o a cualquier otra forma de vida, distinta del capitalismo, necesitamos producir otro tipo de consumo, en cuyo contenido esté fácticamente presente nuestra propia intencionalidad de solidaridad y de comunidad. El productor siempre produce con un tipo de intencionalidad, el cual es el contenido de su producto. Y cuando se realiza por el consumo esa producción entonces se puede desarrollar esa otra “forma de producción”. Decimos que somos socialistas, marxistas, revolucionarios, etc., pero paralelamente no nos hacemos ningún problema consumiendo mercancías capitalistas, empezando por la coca cola, las hamburguesas McDonalds, etc., etc. Sabemos que hace daño y que es mala para la salud, pero igual, la seguimos consumiendo.

Cuando decimos que necesitamos consumir lo que producimos lo que estamos queriendo decir es que tenemos que producir un tipo de producción cuyo contenido no sean las relaciones de dominio. Y esto no sólo porque necesitamos de otra subjetividad sino porque

necesitamos producir otra objetividad, o sea, otra realidad distinta de la del capitalismo y la modernidad.

Pero también porque necesitamos reproducir una voluntad de vida en nuestros pueblos, acorde al tipo de proyecto revolucionario que queremos. Y entonces tenemos que preguntarnos ¿cómo se produjo la voluntad política, la voluntad de vida y de liberación, con la cual los ejércitos libertarios comandados por Bolívar y Sucre salieron a liberar este continente del yugo español? No solo había una conciencia emancipadora sino que había también una forma de producir esa conciencia y ésta empieza con los alimentos y se corona con las ideas. Lo mismo podríamos decir del ejército vietnamita, ¿cómo su pueblo se enfrentó a uno de los ejércitos más poderosos del planeta y los vencieron? Parece que todo empieza con la producción de un tipo de consumo, con la producción de un tipo de subjetividad, y ésta parece que empieza con la producción y el consumo de los satisfactores inmediatos de la vida humana, acordes al proyecto político y de vida que tienen los pueblos revolucionarios.

Por más paradójico que parezca, la claridad de este problema la tuvo y tienen nuestros pueblos originarios, y no de ahora sino desde hace siglos, por eso se han mantenido después de tantos siglos de explotación, humillación, marginación y negación.

Entonces ante la pregunta de ¿por qué algunos pobres votan por la derecha?. Pues porque, gracias al consumo moderno, a la subjetivación de la producción moderna, creen en la modernidad, en la forma de vida que la burguesía ha producido. Es pobre, pero tiene conciencia burguesa. ¿Por la ideología? En parte, pero fundamentalmente por el consumo. Marx ya se había dado cuenta de que en sus tiempos el proletariado inglés ya tenía conciencia burguesa, ¿por qué? Por el tipo de consumo. Parte del problema de la colonización moderna radica en el tipo de consumo que ésta impuso, porque cuando hemos caído en esta forma de consumo ya estamos colonizados, aunque nuestro discurso sea descolonizador.

Esta reflexión nos condujo a una pregunta similar a la que Marx se hizo varias veces, ¿por dónde debiera empezar una revolución? El marxismo del siglo XX ha respondido casi de modo unánime por la modernización, la educación y el desarrollo de la industrialización. Pareciera que ahora, debiéramos empezar por la producción de un nuevo tipo de consumo, acorde a esta nueva subjetividad y voluntad de liberación de todo tipo de injusticia.

Hablamos de la producción de una Comunidad trans-moderna y post-occidental, porque, si bien es cierto que somos pueblos del Sur, nuestro sentido no es hacia occidente.

La filosofía moderna dice que la civilización humana empezó en el oriente y que su desarrollo es hacia el occidente. Nosotros decimos que no todo se originó en el oriente sino también en el sur, por eso decimos que nuestro norte está ahora en el Sur. Pero no es un sur geográfico, sino existencial. El pasaje de la sociedad moderna a la comunidad trans-moderna es también el pasaje de América Latina hacia Amerindia, hacia el Abya Yala. Y esto no es sólo un cambio de paradigma sino de civilización. Si somos conscientes de esto nuestros procesos dejarán de ser vistos como meros ciclos progresistas o de cambio. No hay que perder de vista que lo que está pasando hoy en Venezuela o en Bolivia, no sólo está siendo observado por el imperio sino por la humanidad toda.

Pareciera que las más grandes transformaciones y revoluciones empiezan con las cosas más sencillas, las más cotidianas, las aparentemente intrascendentes. Creemos que nuestros procesos revolucionarios pueden tener no solo una trascendencia continental sino universal. Siempre y cuando tomemos conciencia que lo que se juega en última instancia, no es un proyecto político o económico más, sino que este proceso implica en última instancia un proyecto de vida más humano.

San Cristóbal de las Casas, Chiapas. Octubre del 2016